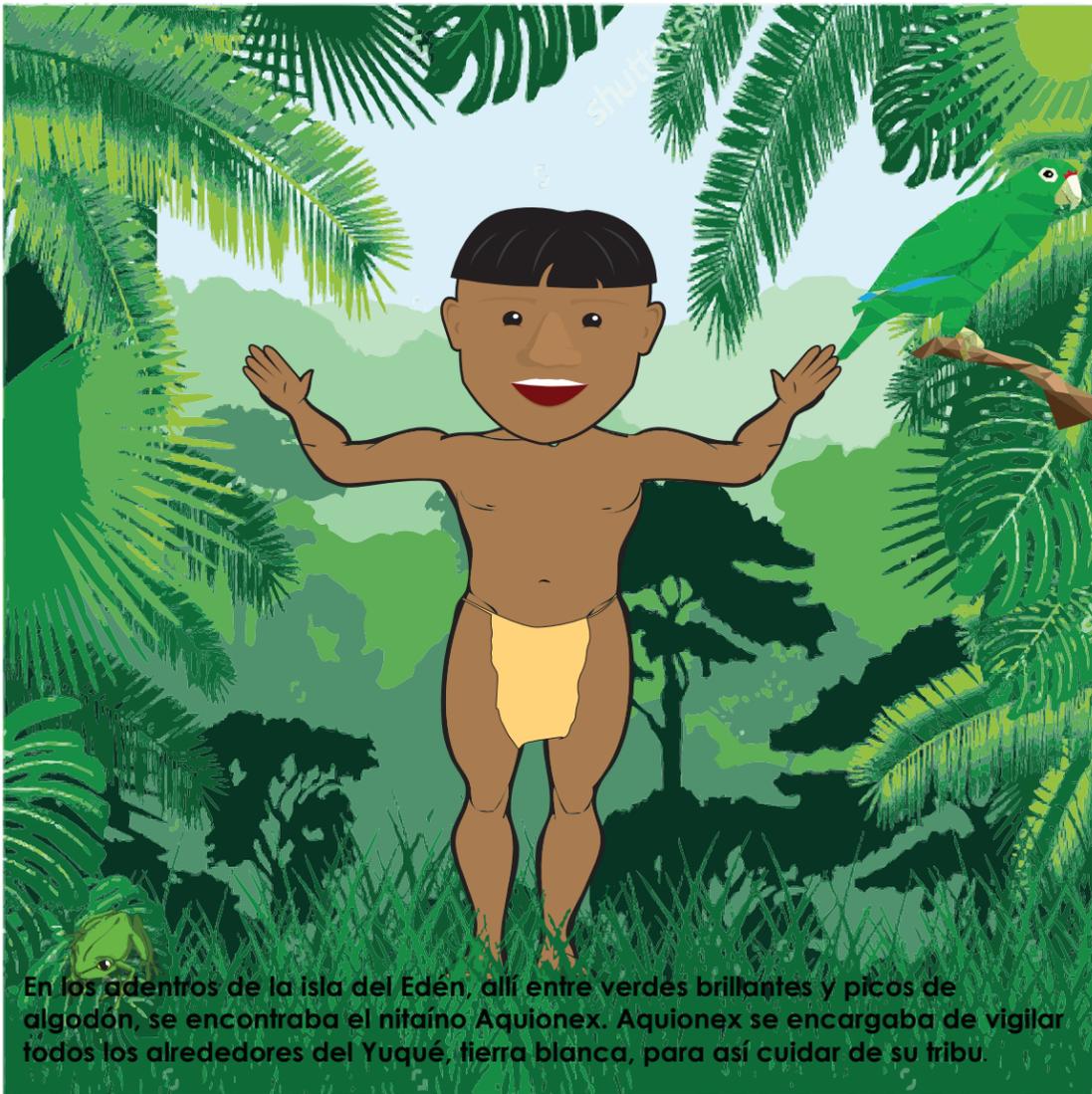


AQUIONEX

Y LA DIOSA DEL YUQUÉ



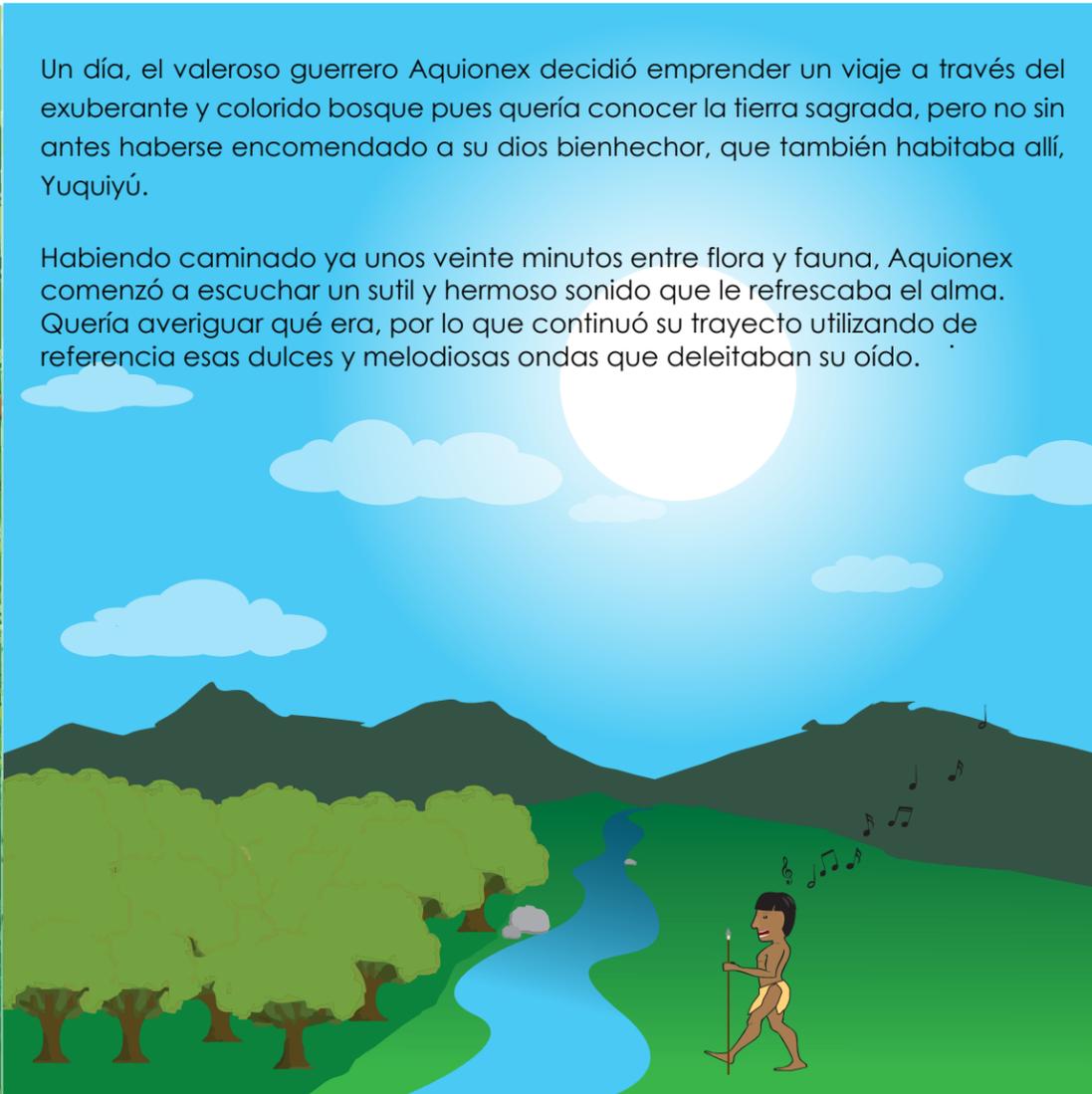
Escrito por Isel Figueroa



En los adentros de la isla del Edén, allí entre verdes brillantes y picos de algodón, se encontraba el nitaino Aquionex. Aquionex se encargaba de vigilar todos los alrededores del Yuqué, tierra blanca, para así cuidar de su tribu.

Un día, el valeroso guerrero Aquionex decidió emprender un viaje a través del exuberante y colorido bosque pues quería conocer la tierra sagrada, pero no sin antes haberse encomendado a su dios bienhechor, que también habitaba allí, Yuquiyú.

Habiendo caminado ya unos veinte minutos entre flora y fauna, Aquionex comenzó a escuchar un sutil y hermoso sonido que le refrescaba el alma. Quería averiguar qué era, por lo que continuó su trayecto utilizando de referencia esas dulces y melodiosas ondas que deleitaban su oído.



Aquionex se acercó a aquello que tanto le deslumbraba y observó que, entre aguas radiantes y cristalinas, su reflejo le saludaba.

Era tanta la felicidad que corría por su cuerpo que, con puras ansias, dijo: ¡Hola, preciosa amiga! Mi nombre es Aquionex. Venía aventurándome por el bosque cuando tus dulces cantos me trajeron hasta aquí. Me encantaría saber quién eres tú.



De momento, el agua que corría desaceleró su paso y se incorporó en la figura de una majestuosa mujer. Ella le dijo: Soy el caudal del Río Mameyes aquí en el Yuqué. Paso por este lugar todos los días a la misma hora y me extiende unas 6.88 millas cuadradas por el bosque.

El valeroso guerrero solo alcanzaba mirarla con asombro mientras ella continuaba hablando...

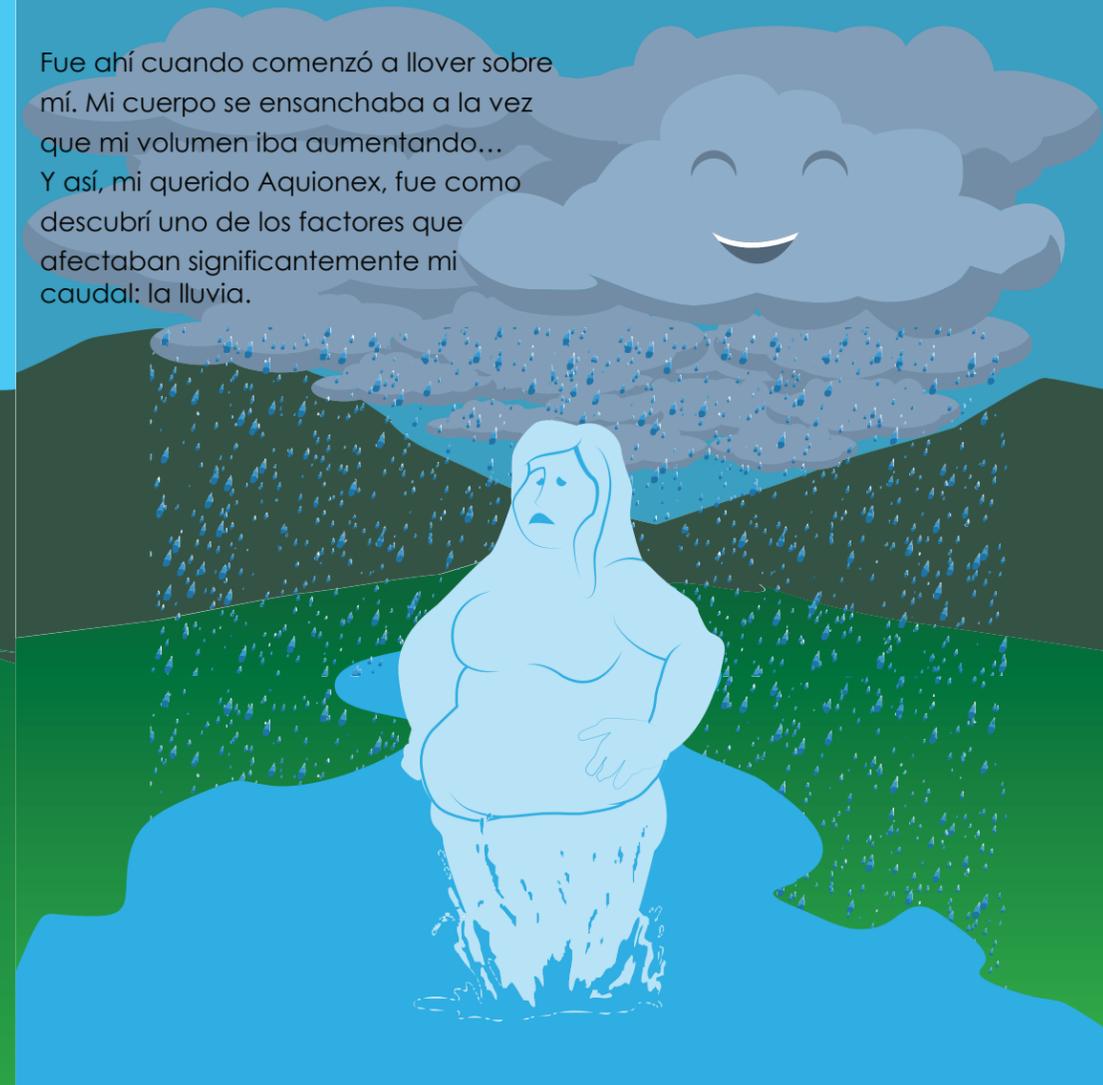
"Muchas veces mi caudal experimenta cambios que alguna vez pensé eran provocados por el caliente sol o la fría luna, pero no."



En un amanecer, me encontraba paseando por aquí cuando de repente vi acercarse a Boinayel, el dios de la lluvia quien, como de costumbre, se detuvo a saludarme y también a tomar un descanso por su largo caminar.



Fue ahí cuando comenzó a llover sobre mí. Mi cuerpo se ensanchaba a la vez que mi volumen iba aumentando... Y así, mi querido Aquionex, fue como descubrí uno de los factores que afectaban significativamente mi caudal: la lluvia.

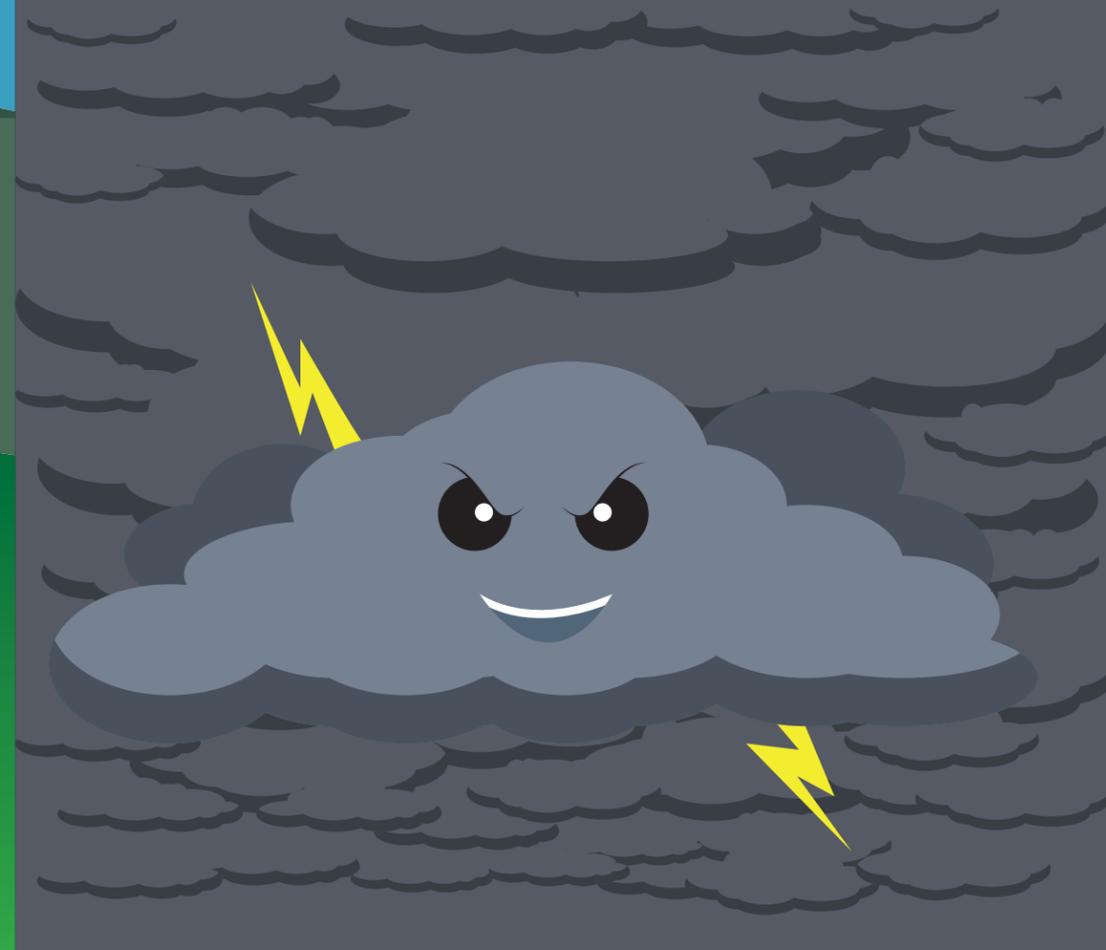


Al finalizar la historia, Aquionex dijo: ¡Genial! ¡Qué impresionante es todo esto! Creo que no te mencioné, pero yo soy un nitaíno; me encargo de velar por el bien de mi tribu y no tan solo de ella, si no de todo aquel amigo que lo necesite. ¿Existe alguna forma en la que te pueda ayudar?

La diosa del caudal contestó: Sí, hay una forma en la que me puedes ayudar. Ve y dile a tu tribu todo lo que has visto y escuchado. Enséñales lo que aprendiste. Diles que Boínayel es un dios amigo, un dios bueno que solo refresca y enriquece el terreno.



De quien único deben tener precaución es de Juracán, dios malvado de las tempestades y los vientos destructores. De él es que se deben cuidar; no confundan una lluvia de bondad con una tormenta de maldad.



Aquionex contestó: ¡Muchas gracias! Ahora puedo comprender la diferencia entre ambos y también ya sé quién eres, cómo eres y todo lo que influye en ti. ¡Iré rápidamente a contarles!

La diosa, dijo con tono desesperado, dijo, ¡Espera! Antes de que te vayas, necesito que le digas a tu pueblo lo importante que es esta tierra sagrada. El Yuqué es rico en biodiversidad; sirve de hábitat para cientos de especies, entre plantas y animalitos, que jamás encontrarás en otra parte de la Tierra. Este lugar es un paraíso cuyos valores científicos y culturales son incalculables. En fin, hay que conservarlo. ¡Ve con bien, querido y valeroso Aquionex!



Y así, el nitaíno regresó a su aldea, reunió a su tribu en el batey y comenzó a contarles todo: a quién había conocido, qué era un caudal, qué factores le influían, las diferencias entre los tipos fenómenos meteorológicos y la importancia de preservar aquellos verdes brillantes, aquellos picos de algodón, esa su tierra sagrada, ese su hogar, el Yuqué.

